

30

Colección  
Ciencias Sociales



# Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama  
Compiladoras



**UPB**

Universidad Pontificia Bolivariana

Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

**Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo**

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Ciencias Sociales:** Omar Muñoz Sánchez

**Directora de la Facultad de Psicología:** María Paula Valderrama López

**Coordinadora (e) Editorial UPB:** Maricela Gómez Vargas

**Revisión editorial:** Mariaclara Olaya

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Diana Patricia Carmona Hernández

**Fotos portada:** Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Medellín - Colombia

**Radicado:** 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

# No hay clínica sin política<sup>1</sup>

Jorge Iván Escobar Gallo  
[jorgee@une.net.co](mailto:jorgee@une.net.co)

Médico de la Universidad de Antioquia. Médico del Servicio de Consulta Externa de la Empresa Social del Estado METROSALUD. Psicoanalista, AME, Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano.

---

1 Texto presentado en la Jornada "La muerte de la clínica", de la Asociación Foro del Campo Lacaniano, sede Medellín, el 24 de agosto de 2013.

Imagino que el título que he elegido les evoque a muchos la famosa frase de tipo axiomático acuñada por Miller: *no hay clínica sin ética*. Axioma extraído de la experiencia clínica abierta por Freud, y refrendada por la de Lacan y su enseñanza. Jacques Lacan dictó un seminario que llamó *La ética del psicoanálisis*, que conocemos como el *Seminario 7*, pero nunca dictó un seminario sobre la política, a diferencia de Aristóteles, quien escribió, además de tres textos sobre ética, uno sobre política. Trataré de desarrollar la tesis, también de Lacan, aunque no mencionada en esos términos, de que no hay clínica sin política. Y, si bien no escribió un artículo en sus *Escritos*, ni dio un seminario expresamente sobre ello, la mayoría de sus trabajos van en esta dirección, si partimos de una entre las múltiples de las acepciones de lo que es la política: la manera de conducir un asunto hasta alcanzar un fin determinado.

En Lacan esta tesis se desprende de todo lo que fue su enseñanza, tanto si la ubicamos en relación a su retorno al descubrimiento freudiano, o si lo pensamos a partir de la concepción que tuvo de la cura, y, en consecuencia, del final del análisis y de su íntimo correlato: la producción del analista, dado el advenimiento para este de un deseo nuevo: el deseo del analista, deseo en el que fundamentó su apuesta por la formación de los analistas, y su propuesta de institución para los mismos: su Escuela. Y es impensable, por lo demás, la política del psicoanálisis sin la concepción, el uso y el destino del síntoma en una cura analítica, en particular la consideración del síntoma como un objetor del Otro, como el núcleo de goce irreductible del sujeto, donde este halla su estatuto último e íntimo. Así que la clínica analítica es solidaria de una política, que Lacan definió como la política de la cura, que apunta, más allá del restablecimiento sintomático, al fin mismo del proceso analítico, entendido el fin no solo como término de la misma, sino también como finalidad u objetivo. No hay cura sin una política, es lo que espero precisar, además es lo que hace del psicoanálisis una praxis singular, ya que es en el desenlace de la cura misma donde está el porvenir de la institucionalidad analítica y su supervivencia como clínica inédita. Es en el final de la cura donde se puede fijar exactamente el instante propicio a la propagación de la especie de los analistas, me refiero al pase, como ese momento clínico donde el analizante deviene analista. En otras palabras, el futuro del psicoanálisis, su especificidad terapéutica, está ligado a la cura misma y al desenlace del vínculo transferencial que

para Lacan conlleva la producción de un analista, y que con su deseo permita el avance del psicoanálisis en el mundo, dada la naturaleza y la precariedad del estatuto del inconsciente. Debido a que su realidad no es ontológica, no hay una realidad *per se* del inconsciente, su realidad es esencialmente de naturaleza ética y, en consecuencia, hace falta un deseo: el deseo del analista para que el inconsciente de un sujeto emerja como presupuesto ético en el desenlace de una cura, a través de la apertura que el síntoma como pregunta induce.

Desde Freud, este asunto de lo político asociado al psicoanálisis ya era evidente, solo basta con repasar alguno de los términos acuñados por él para describir su invención. Ya que los nombres y las designaciones que Freud acuña para articular su experiencia denotan un tinte no solo militar, sino político: represión, resistencia, censura, revolución. Es más, a su creación le dio el nombre de movimiento, y se ha utilizado en la historia esta palabra, en general, para mirar el desarrollo y la propagación de una tendencia de tipo artístico, cultural, pero también política. También la denominó peste, un significante fuerte que resalta el carácter subversivo del psicoanálisis, ya que la peste es aquello virulento, desestabilizador que pone en jaque cualquier comunidad y/o civilización. Recordemos hoy cómo las guerras político-militares entre los Estados recurren a las armas biológicas, a las pestes para dominar o controlar los enemigos. Por otra parte, Lacan no fue ajeno a este tipo de designaciones, en su texto “La dirección de la cura y los principios de su poder” habla explícitamente de política y recurre a dos expresiones: la táctica y la estrategia, que igual son válidas en el terreno militar y en el político. Además, designó a uno de sus textos, en los *Escritos*, como *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*; es singularmente potente el término subversión en el terreno al que hago alusión, del mismo modo que la alienación y la separación, como las dos operaciones de causación del sujeto, tienen su resonancia política.

Varios actos de Freud, apuntando a defender su invención, a lograr su persistencia y su independencia de la psicología y de la psicoterapia en general, nos permiten verlo decididamente político, pretendiendo la avanzada, la expansión y el sostenimiento de su movimiento en el mundo. Señalo tres de estos actos: el primero corresponde a la creación, en 1910, de la Asociación Psicoanalítica Internacional, la IPA, cuyo objetivo, más que regular la práctica del psicoanálisis, era asegurar la sobrevivencia del dispositivo freudiano;

el segundo ocurre en 1912, Freud consiente la idea de Ernest Jones de crear el famoso comité de los 7 anillos, en el cual se creaba alrededor de la figura del fundador del psicoanálisis una especie de simpática, y a lo mejor cuestionada, cofradía, que apuntaba a ejercer un poder paralelo al de la IPA, pero con fines de cálculo eminentemente político; y el tercero transcurre en el año 1913 y es recordado con su texto “Contribución a la historia del movimiento analítico”. Freud da razones de su ruptura con Jung y de las consecuencias, dado que esta generó no solo la partición de las aguas, sino la destitución de Jung de la revista de la que era jefe de redacción. Allí se ve su radicalidad política que apunta a defender la especificidad de lo que él inventó como psicoanálisis y a refutar, defendiendo y rescatando la dignidad del psicoanálisis mismo, al catalogar como una usurpación las pretensiones de Jung, su colega y amigo: “nadie puede saber mejor que yo lo que el psicoanálisis es, en qué se distingue de otros modos de explorar la vida anímica, qué debe correr bajo su nombre y qué sería mejor llamar de otra manera”<sup>2</sup>.

En su texto “La dirección de la cura y los principios de su poder”, Lacan nos anuncia, desde el título, dos elementos susceptibles de pensar el asunto de cómo entender lo político con relación a la práctica analítica. El primero de ellos es la política entendida en la dimensión de la cura, del trabajo uno por uno, de la cura como un fin último a alcanzar; pero también nos invita a pensar la política en su sentido más amplio, que abarca desde la posición del psicoanálisis en el mundo hasta el problema y el reto de la agrupación analítica misma, y el cuestionamiento del análisis didáctico, que es uno de los fines de la cura misma que, a la postre, será la única manera de hacer perdurable la invención freudiana en el tiempo.

No podemos dejar pasar por alto el valor político de la enseñanza de Lacan para el psicoanálisis, pues fue decidido su trabajo por volver a repensar, sobre bases científicas, el descubrimiento de Freud. Hace su apuesta condicionada al avance del discurso, durante más de 30 años, a través de un seminario constante donde apuntaba para sus alumnos y seguidores a, como lo dice en la lección 12 del *Seminario 13*: “restablecer las enseñanzas del psicoanálisis sobre

2 Sigmund Freud, “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, en *Obras Completas*, Vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 7.

bases verdaderas”<sup>3</sup> con un verdadero alcance y logro políticos. Hoy la enseñanza de Lacan continua incólume en el mundo, su efecto transferencial es indudable y muchas de las instituciones analíticas tienen en él un referente importante, y la nuestra, la de los Foros del Campo Lacaniano, no es ajena a sus textos instituyentes y a su creación inédita: la Escuela.

No es exagerado agregar que Lacan refunda el psicoanálisis, refundar en la acepción política del vocablo. Lacan encontró un psicoanálisis desviado y psicologizado, ya que este había vuelto al redil de la psicología general, y digamos que lo refunda al repensarlo y al reelaborarlo a partir de las bases y los principios de lo que fue la razón después de Freud.

Digamos que el psicoanálisis tiene su política, si la pensamos como orientación, como directriz, pero también como técnica o método que conduce a un asunto. Y, en ese sentido, es posible afirmar que la praxis del psicoanálisis está dominada, es regida por una política que es la del sujeto del inconsciente, la del sujeto del deseo, es lo que subvierte un análisis al final de la experiencia. Lacan criticó a los analistas que no estaban a la altura de su misión, dado que fracasaban en el punto donde debían consagrarse sus esfuerzos, como nos lo recuerda en la lección 5 del *Seminario 13. El objeto del psicoanálisis*<sup>4</sup>. Esta misión no es otra que la de su concepción de la cura encaminada hacia el sujeto del deseo a través de un hilo conductor al que llama hilo de oro; hilo por lo de eje central de su pensamiento y concepción de la clínica, oro por su alto valor para la cura. Se refiere aquí a su invención, al objeto *a*, invención que tiene su valor clínico, su valor epistemológico, pero fundamentalmente su valor político porque, a partir de ella, Lacan nos dirá que se establece el punto de partición entre lo que es el psicoanálisis y lo que no lo es.

Pensar la política del psicoanálisis es tratar de asegurar su subsistencia en el mundo más allá del nombre, dado que existen aún, bajo su rúbrica, muchas desviaciones, deformaciones y suplantaciones, pero a la vez, es también asegurar su especificidad como la única clínica concebible del sujeto.

3 Jacques Lacan, *Seminario 13: El objeto del psicoanálisis (1965-1966)*, sesión del 23 de marzo de 1966, Folio Views 4.2. Bases documentales. Inédito.

4 Ibid., sesión del 5 de enero de 1966.



Claro que todos los abordajes clínicos, si le damos al término clínico su origen etimológico —y digamos más general, “el de los cuidados en cama”—, en otras palabras, todos los abordajes del sufrimiento humano desde el punto de vista de cualquier terapéutica no son sin una directriz política, y entendiendo la política como el fin último u objetivo a alcanzar, pero también como el ejercicio de poder. Para ejemplificarlo me encontré, y no por casualidad, en razón de este trabajo, con alguno de los diálogos de Platón que permiten ilustrarlo.

Los textos del filósofo griego, *La República*, que junto con *El político o sobre la soberanía* y el diálogo sobre *Las leyes* son los tres textos que originan la reflexión occidental sobre el Estado y, por ende, sobre la política, marcan el inicio en la historia del pensamiento político. Además, siguen siendo esenciales para pensar la sociedad de nuestros tiempos. Sócrates, frente a una pregunta de Glaucón, hermano de Platón, convierte a Esculapio, el dios sanador, en un hombre político. Para el dios Esculapio los fines últimos de sus tratamientos estaban orientados en razón de la conveniencia del Estado, y lo justifica mediante el siguiente argumento:

estas son las razones que obligaron a Esculapio a no prescribir tratamiento alguno, como no fuese para los que, dotados de buena complejión y observando una vida frugal, se veían acometidos de alguna enfermedad pasajera, limitando sus remedios a bebidas e incisiones, y sin alterar nada el método ordinario de vida del paciente, para que la República no recibiese ningún daño. Respecto a los cuerpos radicalmente enfermizos, no creyó conveniente alargarles la vida y los sufrimientos por medio de un régimen constante de inyecciones y evacuaciones bien dispuestas, ni ponerlos tampoco en el caso de dar al Estado súbditos que se le pareciesen. Creyó, en fin, que no deben curarse aquellos que por su mala constitución no pueden aspirar al término ordinario de la vida marcado por la naturaleza, porque esto no es conveniente para ellos, ni para el Estado.<sup>5</sup>

Y más adelante agrega:

5 Platón, *La República* (Bogotá: Ediciones Universales, 1988), 109.



(...) establecerás en nuestra república una medicina y una jurisprudencia que sean como acabamos de decir, y que se limiten al cuidado de los que han recibido de la naturaleza un cuerpo sano y un alma bella. En cuanto a aquellos cuyo cuerpo está mal constituido, se los dejará morir, y se castigará con la muerte a aquellos cuya alma es naturalmente mala e incorregible<sup>6</sup>.

Recordemos que se trata de construir un Estado perfecto, es la política del ideal, cuyo objetivo a alcanzar era la felicidad del Estado.

Por otra parte, desde el siglo XVIII asistimos a un fenómeno creciente de lo que Foucault llama la “medicalización indefinida”. La medicina, hoy por hoy, sobrepasa, en mucho, la demanda propia del enfermo, y se nos impone a todos los individuos, incluso no enfermos, como un hecho de autoridad, de expresión del poder político. Hoy se asiste al médico desde la preconcepción hasta más allá de la muerte, sin que medie algún padecimiento. Son las políticas de vigilancia preventiva y epidemiológica que convirtieron la salud –como lo recuerda Foucault en su texto *La vida de los hombres infames*–, en objeto de intervención médica, lo que es coherente con el fenómeno creciente de la economía política de la medicina. “El cuerpo humano” –es la expresión de Foucault para señalar la des-subjetivación del hombre en la estrategia de la biopolítica–, el cuerpo humano y el sistema de salud entraron en una economía de mercado que moviliza enormes cantidades de dólares.

Dentro de las lecturas que hice preparando este texto me sorprendí con esta feliz coincidencia. En su libro *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault contrapone en su primera lección una cita de Freud –tomada a su vez por este de la Eneida de Virgilio– a otra cita de un hombre de Estado. La cita de Freud se halla como epígrafe de su libro *La interpretación de los sueños*, y dice así: “si no puedo doblegar a los dioses supremos, moveré el Aqueronte”; y la cita de Robert Walpole, un hombre del estado inglés, el Primer Ministro de Gran Bretaña, quien frente a su propia manera de gobernar proponía: “No hay que tocar lo que está tranquilo”. Y nos advierte Foucault que

---

6    *Ibid.*, 111.

Freud hizo lo contrario, es decir, movió lo que tranquilo estaba<sup>7</sup>. En esta cita el autor contrapone un clínico como Freud a un hombre de Estado, un político.

Este concepto de la biopolítica le permite a Foucault hacernos palpables los nuevos retos y presupuestos que el Estado moderno introduce como metas, y que involucran la vida y lo viviente. Es él quien nos ubica y enseña cómo se va configurando en la historia de nuestra civilización, a partir del siglo XVIII, mediante su abordaje de la racionalización inherente a las prácticas de gobierno y de Estado en el ejercicio de lo que conocemos como la soberanía política, a través del enlazamiento de tres nuevas funciones que él destaca: la disciplina, que introduce un control y un orden, además de la riqueza y la salud. De esta tríada –orden, riqueza y salud– surge esa nueva institución que caracteriza al Estado moderno, y que Foucault llamó Policía. Es de ahí que surge el término de biopolítica, término que define una política, un que-hacer del Estado, que toma un control que apunta a ser total sobre los individuos, los procesos de salud y enfermedad; control vigilante como una función inherente a su condición de Estado, de la que no puede caber duda y, por tanto, es una responsabilidad ineludible. Es una política del Estado que apunta no solo a agrupar sino a conocer, investigar y analizar, pero también a supervisar todos los fenómenos propios de la población en lo referente a la salud y sus determinantes, así como los sistemas clasificatorios y taxonómicos, pero también los procesos estadísticos y de información. No son pensables hoy las políticas de Estado sin el desarrollo y la consolidación de lo que se ha llamado la estadística o la aritmética política, como nos lo recuerda Foucault.

Se trata del panoptismo del poder como política del Estado a través de los distintos aparatos como el médico, el educativo, el penitenciario y judicial que apuntan al control de todos y cada uno de los individuos del que nos habla Foucault, tomado de la figura arquitectónica del panóptico de Bentham, llevado a su máxima expresión. Es la presencia del amo moderno que todo lo desea ver, todo lo quiere saber, todo lo pretende controlar para que se cumpla su objetivo, como nos lo recuerda Lacan en el seminario sobre los

7 Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007), 15.

discursos: “que la cosa funcione”. Esta práctica discursiva, esta forma de tratar el deseo, obturándolo, acallándolo, produce una objetivación de los sujetos, un reduccionismo de los asuntos del hombre, y un borramiento de la subjetividad, que es la característica de lo que se llama post-modernidad.

Vuelvo atrás a la cita de Foucault en su primera clase del seminario sobre la biopolítica. Es un juicio del autor bastante desacertado, si lo pensamos desde el síntoma, ya que Freud no tocó lo que estaba tranquilo, más bien se dedicó, con su acto, a escuchar lo que desde siempre había estado agitado e ignorado. Freud lo que sí toca y señala con su índice es la imposibilidad, el irreductible y el fracaso que subyace a todo intento de someter al sujeto vía el ejercicio del poder, de lo cual el síntoma es su manifestación, como el grito, donde se revela para cada uno la incompatibilidad entre la cultura y el deseo.

Tal vez lo que Freud no advirtió completamente era que abría, con su acto, una nueva clínica con un alcance ético pero también político. Una clínica que comporta una política con un interés particular y preciso: el sujeto, que no se corresponde con la universalidad del sujeto del derecho, que no es el sujeto de las políticas del Estado —o si se quiere el sujeto de la gobernabilidad—, el sujeto que asume deberes y derechos y que hace referencia al yo. Es la diferencia del sujeto con el que Freud se tropezó, aquel con el que opera el psicoanálisis, que es el sujeto escindido por el lenguaje y que solo lo pensamos en cuanto es sujeto del deseo y, repito, es el referente de la clínica analítica.

La clínica tiene una tarea política sin la cual el psicoanálisis no sería psicoanálisis. Tal vez lo que Foucault no destaca es que ese sujeto, del que se encarga el psicoanálisis, escapa al control del Otro, es su objetor por estructura y es, por ende, ingobernable. Lacan nos invita, en el seminario de *La ética del psicoanálisis*, a no despreciar para nada el orden del poder, ya que para nada los psicoanalistas somos anarquistas, pero el acto freudiano dio cuenta de que el poder tiene un límite, y que es en el más allá de ese límite que se constituye o que se abre el campo en el que la investigación analítica se hace probable y se fundamenta. Punto límite donde el psicoanálisis advino con Freud a irrumpir en la tranquilidad a la que aspira el poder que la cita de Foucault nos enseña.

La posición del poder a través de la historia, nos precisa Lacan, siempre fue la misma en cuanto a los *impasses* y los desasosiegos

que introduce el deseo en el hombre, la posición del poder ha sido desconocerlo. En el *Seminario 7*, refiere:

¿Qué proclama Alejandro Magno llegando a Persépolis al igual que Hitler llegando a París? Poco importa el preámbulo –he venido a liberarlos de esto o de aquello–. Lo esencial es lo siguiente –continúen trabajando. Que el trabajo no se detenga–. Lo que quiere decir –Que quede bien claro que en caso alguno es una ocasión para manifestar el más mínimo deseo–<sup>8</sup>.

La moral del poder, que no es otra que la de los bienes, es no tener en cuenta los asuntos del deseo. Desde su texto *La República*, Platón nos hace evidente el objetivo de la política en lo que compete a la fundación de ese Estado ideal que él plantea, y que no es otro que el bien de la sociedad a partir de la concordia entre los ciudadanos y la honra de los dioses y de los padres, buscando, ante todo, la salvaguarda de la unidad del Estado o de la República. Si el problema político, como lo señala Foucault, es el problema de la relación entre lo uno y lo múltiple, para la clínica analítica, pensada como política, se trata de la relación también problemática entre el sujeto y el Otro, y que en esa dirección el analista tiene una tarea que es esencialmente política, tarea planteada como fin en el *Seminario 20, Aún*. Dicha tarea consiste en disociar *a* y *A*, y, a través de esta escisión, de este desprendimiento, se logra reducir la *a* minúscula a lo que concierne a lo imaginario y la *A* mayúscula a lo que concierne a lo simbólico. Este desprendimiento es el que le da el estatuto y rigor al psicoanálisis, y que nos diferencia de una psicología porque es este desprendimiento lo que le dará el estatuto al sujeto y va a permitir desanudar el fantasma, que no es más que la conjunción entre el *S* de *A* barrado y el objeto, donde este está cautivo.

La psicología es esta escisión no efectuada, porque la psicología se soporta en la obturación del síntoma y de la angustia a partir de la restauración y estabilización funcional del fantasma fundamental como soporte de la realidad, pero el psicoanálisis hace estallar esa conjunción para que el sujeto, como sujeto del deseo, pueda advenir.

8 Jacques Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis (Buenos Aires: Paidós, 2000), 374.

A partir de este estallido vacila la seguridad que da el fantasma, y es ahí donde se corre la cortina que cubre la ventana de donde proviene la luz de lo real y el neurótico sale del estado de ensoñación permanente hacia una vigilia irremediable, es el lugar del desamparo, del desasosiego, donde se está irremediamente solo, pero es también el momento de la toma del deseo. Es el punto singular e inédito de la cura analítica en que “cada cual es responsable de su elección”, no porque Dios sea inocente, como lo dice Platón, sino porque Dios es inconsciente.

En su texto, Aristóteles define el objetivo de la política en los siguientes términos: “La ciudad, en suma, es la comunidad de familias y municipios para una vida perfecta y autosuficiente, para alcanzar una vida bella y feliz”<sup>9</sup>. Y en la *Constitución* de Francia, de junio 21 de 1793, el primer artículo reza así: “El fin de la sociedad es la felicidad común”. Es lo que le permite decir a Lacan que la felicidad se transformó en un factor de la política, al menos es evidente desde el siglo XVIII, cuando es elevada al rango constitucional en Francia, constitución que inspiró el liberalismo político que caracteriza al mundo occidental.

La felicidad se convierte en objetivo y deber de Estado. Para que nos preguntemos, con Lacan mismo, si la promesa analítica, que nace posteriormente pero en este contexto —el de la Ilustración—, es sostenida por el psicoanalista en la vía de la demanda que al inicio todo paciente hace y que es una demanda de felicidad. La respuesta nos ha sido dada en el análisis para los que por allí hemos pasado. ¡Cuán lejos está de considerarse la clínica analítica en la vía de una disciplina de la felicidad! El fin último, y el que hace de la cura una política, es alcanzar el deseo luego de ver palidecer el encanto de los objetos que intentaron sobornarlo. Alcanzar el deseo es solo intentar forjar las paredes donde quedó el rastro del objeto para siempre perdido porque, en últimas, el deseo es deseo de nada, es solo su vacío lo que se contornea en un análisis, pero es mucha la liviandad y la soltura que produce. No estamos en el psicoanálisis en la lógica de los bienes, ni en la lógica del sueño burgués, es tal vez el punto que nos recuerda Lacan de una manera muy simple, pero muy bella, en

9 Aristóteles, “Política”, en *Ética nicomáquea - Política* (México: Editorial Porrúa, 1970), 207.

el *Seminario 7* donde dice que: “el sujeto ha adquirido una nueva posición que hace que misteriosa y milagrosamente con las cosas le vaya bien, y que las tome por el lado adecuado”<sup>10</sup>, y créanme que no es poca cosa; una nueva posición que le permite enfrentar nuevas aventuras y afrontar con soltura las contingencias de la vida y del amor. Lejos está la cura analítica de proponer una maduración genital o el asunto del acuerdo con la realidad, lejos de prometer la armonía y la beatitud, pero también, y para dar la justa medida, Lacan –criticando la propuesta política de la felicidad– termina señalándonos la dimensión de infelicidad que el análisis comporta, ya que la cura permite, asimismo, aislar la ley con la que cada uno ha hecho su destino, que tiene para todos su dimensión trágica e infeliz.

Digamos que las prácticas terapéuticas tienen una definida orientación política, considerándolas a partir de su norte. El psicoanálisis aborda ese campo límite que el Otro del poder desconoce, y por eso hablamos en términos de subversión del sujeto. En la clase VI del *Seminario 13, El objeto del psicoanálisis*<sup>11</sup>, Lacan es categórico al afirmar que el estatuto clínico y terapéutico para el neurótico moderno le es dado por el psicoanálisis, y con vehemencia afirma que no existe más que completado por la existencia de dicha clínica, en otras palabras, que la clínica nació con el psicoanálisis, nació con Freud.

El psicoanálisis abrió con Freud un campo nuevo, el del deseo, del cual históricamente todas las formas del ejercicio del poder no han hecho más que desconocerlo y negarlo sistemáticamente, y que resulta ser, en alguna medida, el objeto de una ciencia; y Lacan, en *La ética de psicoanálisis*, se pregunta qué se ha hecho del deseo en el marco de las ciencias humanas, y nos advierte que dicho marco, celosamente cuidado y protegido, ha estado al servicio del poder, es decir, al servicio del Otro, ya que su constitución y su dedicación apuntan a un desconocimiento de los asuntos del deseo, lo que define también una orientación política de dichas prácticas que se denominan clínicas, y que en el sentido del origen del término se validan, pero que no lo son en cuanto desatienden el sujeto y refuerzan su alienación estructural. Termina su comentario advirtiéndonos que

10 Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis, 348.

11 Lacan, Seminario 13: El objeto del psicoanálisis (1965-1966), sesión del 12 de enero de 1966.

los programas, se refiere a los académicos, diseñados para las ciencias humanas, no tienen más función que la de apuntar al servicio de los bienes, es decir, de los poderes que a través de la historia se han mostrado siempre inestables.

En la respuesta a la pregunta III en “Televisión”, Lacan responsabiliza a los psicólogos, a los psicoterapeutas, a los psiquiatras y a todos los trabajadores de la salud mental, por entrar, aunque fuera a manera de protestas, en el discurso que los condiciona. Al considerarlos como los cargadores de la miseria del mundo, ya que la sola denuncia del discurso capitalista termina reforzándolo, los hace cómplices del discurso que los ubica en ese lugar y, por tanto, hacen un Otro consistente. Y Lacan advierte que queda excluido que se trate para el psicoanálisis de reprobar la política, y, yo agregaría, no queda excluido pero hay que preguntarnos ¿por cuál?, porque “los *psico*, quienes quiera que sean, aquellos que se dedican a vuestra supuesta carga, no tienen que protestar, sino colaborar. Lo sepan o no, es lo que hacen”<sup>12</sup>.

Y no es este un verbo escogido al azar, por lo que representó en la historia política de Francia el término colaboracionismo en los tiempos dramáticos de la Segunda Guerra Mundial. En julio de 1940, un sector mayoritario del parlamento francés claudica ante la invasión política y militar de los nazis, desde allí pasará a la historia el término colaboracionismo como aquel que abdica, colabora y auxilia al enemigo.

Digamos, a manera de conclusión, que la praxis analítica tiene una orientación hacia lo real de la estructura, hacia aquello que Lacan llama lo imposible y que intentó formalizar por la vía de matema como el objeto *a*. Dicha orientación define una manera de enfrentar el síntoma, es decir, hacen posible una terapéutica por cuanto la experiencia analítica enseña que la operatividad de su dispositivo tiene efectos sobre lo real del síntoma. Simultáneamente, define una política que, a través de unos medios –la asociación libre y la interpretación–, alcanza un fin que, en definitiva, toca al Otro: al del poder y al del discurso; y funda una nueva ética, que plantea algo nuevo como medida de la acción analítica soportada en el deseo que habita

---

12 Jacques Lacan, “Televisión”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 543.



dicha acción, y es lo que da no solo la especificidad sino la solidaridad entre clínica, política y ética para el psicoanálisis.

El futuro de los analistas y de su praxis está en el refugio que Lacan llamó su Escuela, refugio para pensar el psicoanálisis en los tiempos de la ciencia y darle el rigor de ser un discurso de estos tiempos; ese es nuestro asilo, en la resonancia política de esta expresión, es el lugar de extraterritorialidad que Lacan se imaginó y creó para los crecientes fenómenos del malestar, y nos aconsejó no denunciarlos en exceso. Trabajar por nuestra causa común, en medio de nuestras diferencias, es el horizonte, tal vez difícil, pero no existe otro.

## Bibliografía

---

- Aristóteles. “Política”. En *Ética nicomáquea – Política*. México: Editorial Porrúa, 1970.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Freud, Sigmund. “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”. En *Obras completas*. Vol. XIV, 7-64. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Lacan, Jacques. *Seminario 13: El objeto del psicoanálisis (1965-1966)*. Folio Views 4.2. Bases documentales. Inédito.
- \_\_\_\_\_. El seminario de Jacques Lacan, Libro 7: La ética del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- \_\_\_\_\_. “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos 2*, 559-616. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.
- \_\_\_\_\_. “Televisión”. En *Otros escritos*, 535-572. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Platón. *La República*. Bogotá: Ediciones Universales, 1988.